

I

[Naumburgo, 19 de enero de 1889]

¡Mis más apreciadas y queridas almas!:

No sé cómo puedo empezar, mis queridos y verdaderos amigos, a decirles unas palabras de agradecimiento, palabras cordiales y calurosas desde que usted asistiera al enfermo por primera vez hasta nuestra partida, palabras que mi corazón siente y que apenas puede expresar. Todo continuará viviendo imborrable en mi alma, les estaré muy agradecida y en lo sucesivo rezaré por ustedes para que Dios les recompense con creces por todo lo que han hecho conmigo y con el hijo de mi alma y de mi corazón.

Yo les importuné bastante a ustedes, tan bondadosos, con mi obstinación de «llevar conmigo a mi querido hijo», y ahora también reconozco que «de ningún modo» hubiera sido posible, como usted con tanto acierto afirmó. Lo mismo con el enfermero-vigilante, y desde luego ha sido ese hombre una *verdadera* bendición, de tal manera que yo, a pesar del señor Dr. Mähly, *tan querido*, quien en Fráncfort insistía en que volviera a casa a toda costa porque pensaba con toda seguridad que iba a ser capaz de atenderlo solo y de tranquilizarlo, le supliqué que lo llevara hasta Jena. Y anoche admitió que había sido bueno estar descansado, sobre todo para afrontar las últimas horas, desde Weimar hasta Jena, cuando él estuvo tan inquieto y ruidoso, supon-

go que por tener que tumbarse en los bancos tan duros e incómodos (porque toda la segunda clase estaba atestada de gente). A partir de Fráncfort ya no estuve en su mismo compartimento, porque él, todavía desde el retrete donde aún se encontraba, tuvo un ataque de furia contra mí, de sólo un minuto más o menos de duración, pero espantoso de ver y de oír. Yo no me atreví a volver de nuevo a su lado para así evitar su agitación hasta que llegáramos a la estación de Fráncfort,² donde de nuevo tomé su querida cabeza y su barbilla entre mis manos y le cubrí la frente de besos.

Creo que el ataque fue debido a la suspensión del cloral, porque se dice de este medicamento que «o invita al sueño o provoca ira». Por supuesto que sufrí mucho en el otro compartimento por no poder ver ni cuidar al hijo de mi corazón, e incluso por no escuchar sus palabras de rechazo, cuyo recuerdo será muy difícil de olvidar. Sin embargo, el trayecto fue bien en general.

En Fráncfort me di cuenta de que él leía con cierto interés los periódicos y que con ellos estaba tranquilo. Así que propuse este recurso para el resto del viaje y por eso ellos le compraron para el camino páginas amenas con las que además se entretuvo y le proporcionaron distracción. De esta manera se estuvo bastante quieto.

Qué bueno fue el principio del viaje cuando él mostraba una alegría evidente por tenerme a su lado. En el momento de darle un bocadillo con fiambre comentó: «Hacía tiempo que no comía unos bocadillos de jamón tan ricos», y después, con las cerezas: «Éstas las has traído de la Fiesta de las Cerezas de Naumburgo». Sí, de allí son también, comencé a decir. En realidad quería explicar que eran de la señora pro-

2. Es una incoherencia de Franziska Nietzsche. Primero escribe: *obwohl der liebe liebe Hr. Dr. Mähly ihn durchaus von Frankfurt zurücksenden wollte*, y más tarde *Ich bin ja von Frankfurt aus gar nicht im demselben Coupée gefahren*.

fesora Overbeck, cuando en ese momento recordé la escena ocurrida en Basilea y con tal motivo pensé que se pondría nervioso si se lo mencionaba y me callé porque me pesaba el alma. Aún alabó, como ya antes he mencionado, el bocado que en su día le envié para el viaje desde la Engadina a Turín. Después de todo, estuvo muy cuerdo, tanto que el enfermero-vigilante afirmó que hasta aquel momento nunca lo había visto así, y también mi hijo dijo que su estado había sido muy grave y que había ingresado en un manicomio, pero que se iba recuperando, si se tenía en cuenta que aún era joven; tan sólo contaba 22 años.

Los buenos profesores Gelzer estaban por suerte en la estación y vieron al querido Fritz de lejos. Me llevaron de inmediato consigo y se mostraron amabilísimos; también hicieron trasladar el equipaje a su casa. Como yo entonces tuve que partir de la estación, que estaba a dos minutos de distancia de donde ellos vivían, aún desempaquetamos la ropa de mi buen hijo, que ellos hoy han llevado a la casa de salud. Entonces fui con la señora profesora al sanatorio y allí nos reunimos con el señor Dr. Mähly y el buen enfermero-vigilante. A este último le di en Fráncfort tres marcos de propina para que le informara bien a usted, porque él ha sido muy bueno con mi hijo y con toda seguridad ya también lo fue antes.

Yo me había imaginado otra personalidad completamente diferente en la figura de un «enfermero-vigilante»; pero todo lo que él comió y bebió en su viaje de regreso, usted tiene intención de reembolsárselo, ¿no es verdad? No sé si el señor Dr. Mähly ha pensado en darle más dinero a él.

El sanatorio y el señor director me han gustado mucho. El sanatorio, debido a su excelente situación geográfica y a que el aire es tan puro, y el director, por el compasivo y buen hacer que caracteriza a los basilenses.

El director y su esposa tienen relaciones de amistad con

los Gelzer y por eso desean escribirme a menudo para ponerme al corriente de todas las noticias que sobre nuestro querido enfermo les lleguen a través de aquéllos. También me han ofrecido ir a su casa cuantas veces quiera y quedarme tanto tiempo como desee. En fin, que fueron igualmente bondadosos y conmovedores y pensaban que por supuesto debía quedarme en su casa, pero yo estaba muy cansada, cansada y más cansada, tanto física como mentalmente.

Aquí llegamos después de las nueve y media; no había ningún coche de punto, algo que me fue indicado de inmediato por unos conocidos, y los vehículos del hotel estaban ocupados. Al menos el coche del Hotel Schwarze Ross se hizo cargo de mi equipaje, pero tenía que esperar la llegada del tren hasta pasadas las once, y Alwine lo recogió en el lugar de destino a las once y media. Ella estaba tan profundamente afectada como yo, y debido a que hoy me he quedado en la cama, cosa que hasta ahora no había hecho nunca en mi vida, ella me cuida con lealtad mientras también escribo esta carta. Me ha contado *quién* estuvo aquí, incluso ya el domingo vino la señora profesora Heinze, que en su día quiso hacerme desistir del viaje a Basilea. Asimismo vino desde Eilenburgo la hija de mi fallecida prima y me trajo una cajita con diversas cosas que todavía faltaban por enviar de la herencia y deseaba consolarme en todos los sentidos de la gran desgracia, diciéndome sobre todo que sin duda las cosas volverían pronto a la normalidad. ¡Ojalá yo pudiese creerlo!

Ahora lo hemos acomodado en la primera clase por cinco marcos y medio al día. Yo quería depositar ciento cincuenta marcos de momento, pero como el secretario había extendido una factura por cien marcos, me dieron los cincuenta de vuelta. Sin embargo, y según el reglamento, deben ser depositados trescientos, y esto es algo que quiero concretar con Kürbitz.

El secretario opinaba que también se le podría alojar en la

«primera clase B», pero como era un marco más barato, era evidente que debía compartir la habitación con otro paciente, lo que a fin de cuentas le pareció muy bien al señor Dr. Mähly. Sin embargo, yo pienso que él es demasiado ruidoso y por ello no es posible. En cambio, el director propuso la segunda clase. Por supuesto que él tiene en consideración su categoría social y su rango y desea atenderlo como si estuviera en primera. Mi hijo tiene ahora dos médicos, un médico asistente y un estudiante que proviene de clase con cultura, con los que se trata.

Sólo en el caso de que la primera clase esté completa, como a Weimar le corresponden las competencias, entonces tendrían que instalarlo en otra habitación y por supuesto le servirían la comida de la segunda clase, pero ésta sería tan buena como si se tratara de la primera, como no podrían ofrecerle en el mejor de los hoteles, porque de todos es conocido que allí se come bien. Yo sin duda creo que debemos organizarlo de tal modo que sea factible continuar con esta opción durante años. El hijo de mi corazón se lo merece *todo, todo lo mejor del mundo*.

Me ha hecho mucho bien desahogarme con ustedes en mis profundas, profundas aflicciones, mis queridos amigos. Apiádate de él, Señor, y haz que se recupere pronto.

Queda unida a ustedes de todo corazón y les saluda cordialmente, llena de agradecimiento,

su Nietzsche

P. S. Tengan la bondad de mandarle un cariñoso saludo al señor Dr. Mähly y díganle de mi parte que *nunca* voy a olvidar la obra de caridad que ha hecho con mi hijo.

Mañana quiero escribir a Lieschen, si puedo. Cómo sufrirá mi pobre, pobre niña con todo esto.

Piensen que mi buen hijo se comió aquel día todos los panecillos y también tres medias lunas. Por favor, tenga en cuenta lo que hemos hablado del enfermero-vigilante. El buen señor doctor tenía chocolate y él lo rechazó todo. Es, en cualquier caso, una buena y conmovedora persona.

En Fráncfort tomaron cacao y pasteles los tres, y yo café, por lo que pagué cuatro marcos con setenta y cinco. Tenga la amabilidad de reintegrarle al señor Dr. Mähly todo lo que pagó por su comida y por su bebida, así como por la del enfermero-vigilante.

A mí se me quitó todo el apetito después de la escena que le he mencionado y, hasta el cacao que más tarde tomé en casa del profesor, sólo comí dos panecillos, sin más, con un sorbo de vino y dos rosquillas.

II

Naumburgo, 29 y 30 de enero de 1889

Mis queridos profesores:

Mis más sinceras gracias por su cariñosa y amable carta, y todavía me alegro de haber hecho lo correcto, porque *ustedes* debían recibir personalmente a través de *mí* el primer informe sobre el más triste de mis viajes. Claro que yo conocía su calurosa compasión y *cómo* sus buenos corazones deseaban obtener estos datos. Por eso, antes de su partida, rogué al enfermero-vigilante que se acercara enseguida a informarles a su casa, pero él me dijo que no podía realizar ese encargo porque su propio regreso se había ido demorando cada vez más.

A través del señor Dr. Mähly, tan amable y bueno, habrán recibido ustedes las primeras noticias de Jena, así como a

través de mí misma en este momento. Según las noticias que paso a contarles y que me ha proporcionado el señor asistente del médico Dr. Ziehen en persona, el paciente de nuestro corazón «todavía padece una agitación considerable, habla alto, con rapidez e incoherencia, y su voz es enfermiza, exaltada y alegre, mezcla muchas palabras en francés e italiano, tiene algunos momentos de lucidez, también sabe que está en Jena, aunque instantes después cree estar en un auditorio de Turín o de Niza; duerme poco, pero tiene buen apetito. El tratamiento inicial sólo ha conseguido tranquilizarlo unas horas».

Es decir, aún la mejoría es poca, pero otra cosa no era de esperar debido al poco tiempo transcurrido y al viaje tan largo. Ojalá pudiera sentirme algo más tranquila con esto, pero ¡mi corazón está tan profundamente afligido!

También he recibido una infinita compasión y cartas de mucho y sincero aprecio de la princesa Therese II. Asimismo, mi hermano pastor, el que vive más cerca, estuvo aquí ayer, y a finales de semana viene su esposa, y si no, llegan a diario amigos muy queridos, como el domingo la consejera áulica Heinze, que, como ya le escribí, tras recibir yo la primera carta de usted vino de inmediato para impedir mi partida. Sin embargo, su madre, la consejera privada Lepsius, una querida amiga, le dijo aquí mismo que la señora pastora había hecho lo correcto y que ella también habría actuado igual porque a la larga esto era algo muy difícil de soportar para una madre.

A mi pobre hija lejana, a mis dos niños, les he escrito dieciséis páginas lo más detalladas posible, y a la madrecita Förster también le supliqué que les escribiera unas palabras de consuelo, ya que incluso yo misma estaba necesitada de ese alivio. Y ella había confortado espiritualmente y de una forma maravillosa a mi pobre hija, pero fundamentalmente para mí todo dependía de que ella buscara consuelo y apoyo

en Dios y en el bondadoso y buen corazón de su marido. De esta manera yo estaba contenta de haber hecho esto y a ella le prometí enviarle noticias cada domingo, las noticias que los Gelzer, tan buenos, desean proporcionarme a mí en primer lugar. Sin embargo, he metido la carta entera en un sobre y escrito por fuera «léase a solas, sin Lieschen», tras haberla dirigido antes a Bernhard. Acto seguido, he escrito al administrador, el señor Erk, informándole sobre *el contenido* de la carta y le he pedido que mande llamar a mi yerno para que sea él quien primero la lea y después se lo explique poco a poco a mi pobre pobre Lieschen. Y en el caso de que él estuviera de viaje, que no se la diera hasta su regreso. En fin, que bajo ningún concepto se la diera a mi hija. Las dos cartas las he dirigido al señor Erk a través de un señor que vive en la casa. ¡Qué terrible es la distancia en estas ocasiones!

Le agradezco a usted, mi buen señor profesor, y a los buenos basilenses esta seguridad que han proporcionado con tanta bondad y que le ha quitado un gran peso de encima a este profundo y triste corazón de madre.

Días antes de la llegada de su atenta carta pedí al profesor Gelzer que aceptara para *siempre* a mi querido hijo en la primera clase B. Como el único impedimento sería que se considerase si para Fritz es o no conveniente compartir la habitación con otro enfermo, y como sin embargo queda demostrado que su tranquilidad es nuestro mayor desvelo, así es de esperar que esto pueda llevarse a cabo y espero noticias de los Gelzer; sólo deseo que el infeliz estado del hijo de mi corazón sea lo más agradable posible.

La primera clase A cuesta cinco marcos y medio al día, y la primera clase B, cuatro. Pero entonces sin duda podrá quedarse en la habitación que viene ocupando, aunque el gobierno de Weimar enviara a alguien. El señor director dijo que si faltara sitio en primera clase, entonces debería marcharse a la segunda.

Lo mejor es ir el domingo, aunque yo tampoco creo que sea posible ver y hablar al hijo de mi corazón, pero al menos deseo comprobar dónde se aloja y todo lo demás. Aún me quedan trescientos veinte marcos del dinero depositado donde Kürbitz, a los que yo añadí ochenta del dinero que usted me entregó, de tal manera que ahora ya se han pagado a Jena quinientos marcos en concepto de depósito. Kürbitz todavía tiene en efectivo doscientos catorce marcos con treinta.

Éste es el capital que Kürbitz tiene de mi hijo:

1800 marcos Cöln Mindener con talón y cupón.

1500 marcos Berliner Stettiner acompañados de talón y cupón.

De los tres valores que aparecen en el papel, Kürbitz no tiene las matrices, sólo los talones y los cupones de los tres señalados, y mi buen hijo no posee nada más. ¿No es cierto que están en su poder las tres matrices que faltan? Tengo la impresión de que usted dijo algo sobre este asunto, aunque cada vez sé menos de aquellos días, sólo que ustedes, queridos, fueron muy bondadosos conmigo, eso aún lo tengo presente y permanecerá imborrable en mi memoria. ¡Buenas noches por hoy! Son más de las diez y media.

Al día siguiente:

Esta mañana he estado de nuevo donde Kürbitz para informarme sobre dónde estaba la ofrenda de honor,³ y él me ha dicho que el señor profesor ha dispuesto que se deben

3. En el original *Ehrengabe*, palabra que en este contexto no se puede traducir. Se refiere a la pensión que le ha concedido a Nietzsche la Universidad de Basilea.

depositar dos mil marcos y que de esta manera ha comprado las acciones Cöln Mindener que he mencionado antes por mil ochocientos marcos, las cuales en aquel tiempo cotizaron más o menos a mil novecientos, y que el señor profesor Nietzsche tiene todo esto por escrito.

Si todo está en Jena pendiente de pago, tenga la bondad de dirigirse a mí primero, porque nosotros, en la medida de lo posible, queremos tratar de que él conserve sus pequeños ahorros, que tan importantes eran para él, y ya que la pensión cubre su subsistencia a todos los niveles, hasta que llegue la misma voy a conseguir aquí dinero prestado y cubriré las deudas cuando me la paguen.

Con Naumann tenga la bondad de ponerse de acuerdo. Los Heinze dijeron que él aún tenía dos obras impresas pero que todavía estaban por distribuir, y que ya estaba en la imprenta su último libro. Yo no he conservado nada en la memoria de aquel tiempo, pero seguro que ustedes ya me lo aclararon todo en su día. Sólo recuerdo que se había publicado *El caso Wagner* y que el último libro estaba en la imprenta.

Quién puede sorprenderse de que todo haya acabado *así*: cuatro libros publicados uno tras otro y con tanta rapidez, además de haberlos escrito *él mismo*, corregido las pruebas de imprenta, etcétera, y cómo le afectaba ya todo esto cada vez que escribía tan sólo *un* libro.

Discúlpenme si tal vez me he extendido demasiado. Siempre tengo la impresión de que estoy sentada entre ustedes y que quieren saber todo lo que preocupa a mi corazón.

Debo pedirles que le envíen al señor Dr. Mähly un cordial saludo y estas noticias que yo les transmito.

Así, reciban también ustedes, queridos, entrañables y afectuosos recuerdos de su agradecida y afectísima

Nietzsche